

de este nombre, las costas septentrionales, la Paflagonia y el Ponto: constituyeron la de Cilicia, las costas meridionales, la Cilicia y la Pamfilia; conservó Ariobarzano la Capadocia; dióse la grande Armenia á Tigrano, á Hyrcan la Judea, y á Farnacio el Bósforo en recompensa de su parricidio; otros pequeños Estados fueron parte de príncipes dependientes.

Derrocados del trono de Siria los selencidas por el descontento popular, habian esperado volver á ascender á él con ayuda de Pompeyo, en la época de la caída de Tigrano, pero el procónsul reprendió á Antioco, último de esta raza, atreverse á pedir lo que no habia sabido conservar: triunfando los romanos de Tigrano, habian adquirido aquel reino, y debian defenderlo mejor que él contra los árabes y judíos. En virtud de este derecho de hecho, convirtió Pompeyo al Asia y á la Fenicia en una nueva provincia, bajo el nombre de Siria, y perdieron para siempre los selencidas un reino que habian poseído doscientos años.

Incómodos los tracios á la Macedonia, y amenazadores á la república, habian sido primero batidos por Sila (35), despues por Appio (75), que se encontraba en la Macedonia en calidad de procónsul. Habíalos en seguida rechazado Curion hasta el Danubio (73): despues M. Lúculo les derrotó enteramente, mientras que su hermano peleaba en Asia.

Los escitas, que se habian manifestado de nuevo temibles con Mitridates, desaparecen con él de la escena de la historia, y la ignorancia ó la poesía extiende su nombre á todos los pueblos del Norte. Vencidos por los sarmatas, tal vez se mezclaron á los galos arrollados por los germanos, á los cuales los rusos dan aún el nombre de escitas.

Habiase libertado Roma de todos los reyes bastante poderosos para hacerle frente; pero ella tenia por vecinos á los formidables partos, que más de una vez debian colocarla al borde del abismo.

CAPITULO XXXIV.

Los gladiadores.—Los piratas.—Los caballeros.—Verres.—Caton.—Craso.—César.

Habia distado mucho la Italia de estar tranquila, durante este período, y la humanidad

que encendiera la guerra de los esclavos hizo estallar la de los gladiadores. Desde el instante en que habia comenzado á recrearse con las luchas de hombres entre sí y contra las fieras, fué un arte saber herir con destreza y morir con gracia; y vino á ser un oficio aleccionar á aquellos infelices destinados á espectáculos tan crueles. Maestros especiales (*lanista*), enseñaban en Roma á hombres libres y á ciudadanos, á dar y á recibir la muerte de una manera propia á divertir al pueblo. Pero lo que con especialidad le encantaba no era tanto la diestra esgrima de aquellas gentes, como los esclavos y prisioneros llevados de los países donde la civilizacion no les habia enervado, y que, desplegando en la arena un vigor de miembros gigantesco, descargaban golpes cuya salvaje fortaleza suplía por la maestría.

Ricos empresarios, tenian en su casa una multitud de hombres elegidos con esmero, á quienes aumentaban y ejercitaban para aquel uso. El edil, que debia dar un espectáculo al pueblo, el rico, que anhelaba obtener su benevolencia ó su admiracion, iba en busca del empresario y trataba con él, ora alquilando solamente á los lidiadores, ora comprándolos de su cuenta y riesgo. Eran las luchas más ó ménos sangrientas; pues en el primer caso hacia el especulador de modo que sus hombres salieran lo ménos mal parados posible. Pero el que abandonaba los que habia comprado á la entera discrecion del pueblo, que no tenia más que volver el dedo pulgar hácia abajo para ordenar su muerte, adquiria reputacion de generoso.

Aquellos depósitos eran tambien un fondo de reserva por los facciosos: allí podian comprar hombres habituados á la sangre, á quienes daban suelta á su antojo, siendo tan ajenos á los sentimientos de familia como al amor de la patria.

Cápua era el principal almacen de estas mercancías, y un tal Léntulo Baciato mantenía en esta ciudad una multitud de ellos, la mayor parte galos y tracios. Uno llamado Espartaco (73), tracio de nacimiento, de origen numida que, á una gran fuerza de cuerpo y un valor á toda prueba, juntaba una prudencia y una dulzura muy superiores á su fortuna, elegido para mostrarse en espectáculo en medio de arena,

dice á sus compañeros: *Puesto que hemos de combatir, ¿por qué no combatimos contra nuestros opresores?*

Palabras son estas de las que producen el efecto de la chispa sobre la mina preparada á recibirla. Doscientos gladiadores conciertan con él su evasión, y no pudiendo ejecutarla en secreto, derriban violentamente á sus guardas, se arman de asadores y cuchillos, apoderándose de ellos en la tienda de un mercader, luego de cuanto les viene á mano, y huyen hácia el Vesubio.

Otros echon abajo las puertas de sus prisiones y van á incorporarse á ellos, toda gente resuelta y acostumbrada á las armas. Repelieron primeramente á las tropas enviadas en contra suya, y despues á dos pretores romanos. Habiéndose aumentado su número hasta diez mil, Espartaco atraviesa la Italia y penetra en la Galia Cisalpina, patria de la mayor parte de sus camaradas. Su proyecto se reducía á establecer allí parte de los suyos, y la otra allende los Alpes, pero hubo algunos que con la esperanza de saquear á Roma, se separaron del grueso del ejército á las órdenes de Cnixo, y fueron batidos por el cónsul Gelio.

Retrocede Espartaco á la noticia de esta derrota (72): ataca y deshace al cónsul Lentulo, que le perseguía, y luego al mismo Gelio. Evaneceido aquel despreciado esclavo de ver huir á su presencia aquellas invencibles legiones y los dos primeros magistrados de Roma, prohíbe dar cuartel á ningun romano, devasta la Italia á la cabeza de veinte mil hombres, y va á acampar en la Lucania. Allí establece almacenes para sus soldados, cuyo número va siempre en aumento, y forma el proyecto de aproximarse al mar, á fin de dar por un lado la mano á los piratas, que habian fundado sobre las olas una nueva Cartago, y para encender por el otro en Sicilia la guerra de los esclavos.

Confía el Senado á Licinio Craso, principal instrumento de las victorias de Sila, el cuidado de domeñar al rebelde. Harto experimentado para no ver la gravedad del peligro, solicita que Pompeyo sea llamado de España y Lúculo de Asia. Entretanto Mummio, su teniente, ataca á Espartaco al frente de dos legiones, y queda batido con ellas. Craso acude con otras diez legiones, diezman los quinientos soldados que

han dado la primera señal de fuga delante de los revoltosos, y mata á diez mil de éstos.

En el instante en que Espartaco aspira á ganar la Sicilia, se halla empujado á una península cerca de Reghio, donde le encierra Craso. Entonces le proponen ceder algunos de los suyos; pero manda crucificar á un prisionero y exponiéndole á las miradas de todos dice: *Hé aquí la suerte que os aguarda, sino sabéis oponer resistencia;* luego á beneficio de una noche borrascosa, se abre paso por medio de los batallones enemigos. Temiendo Craso que marchase en derechura sobre Roma, se apresuró á darle alcance, le deshizo, y cayeron en el campo de batalla doce mil trescientos rebeldes, y á excepcion de dos, heridos todos por delante. Hubier querido el gladiador conducir los restos de su ejército á las montañas, refugio de la rebelion y de la libertad; pero habiéndoles llenado de orgullo una ligera ventaja, exigieron que les guiase contra Craso (71). Antes de empeñar el combate, degolló Espartaco su caballo, diciendo: *Si salgo vencedor, no me faltará caballo; si soy vencido no me hará falta ninguno.* Fué vencido, si bien despues de hacer prodigios de valentía y de caer muertos en la pelea cuarenta mil de los suyos. Viósele gravemente herido, pelear de rodillas, derribando á su piés al que se le acercaba, hasta el instante en que acribillado de flechas, cayó en un monton de cadáveres.

Solamente cinco mil habian sobrevivido; se rehicieron en la Lucania en el momento en que volvía de España Pompeyo; corrió á su encuentro, los atacó y los deshizo sin trabajo. No hubo necesidad de más para que quitase á Craso la gloria de haber puesto término á la guerra. Aquel, que habia anunciado haber sometido en España á ochocientas setenta y seis ciudades, escribió al Senado: *Craso ha alcanzado la victoria de los esclavos, yo he estirpado la rebeldía;* esta jactancia, apoyada por los elogios de sus parciales hizo que se le proclamara como el único general capaz de salvar á la república, y un doble movimiento del favor popular le valió ser confirmado el consulado.

Al revés, Craso, sobre quien recaía verdaderamente el mérito de aquella victoria, se vió obligado á dar al pueblo el diezmo de sus bienes, á servirle un banquete de diez mil mesas,

y á distribuir á cada ciudadano trigo para tres meses; y áun á este precio le costó mucho ser nombrado cónsul. Así concibió una honda enemistad contra Pompeyo, y de aquí provino una lucha entre ambos, funesta á la república. Pompeyo pretendió que, hasta despues de su triunfo no debía licenciar el ejército con que habia vencido á Sertorio. Craso no quiso tampoco licenciar el ejército que habia domeñado á los gladiadores, mientras su colega, que amenazaba ser un nuevo Sila, permaneciera rodeado de soldados. Temblando el pueblo y el Senado ver renovadas las guerras civiles, les suplicaron que desistieran uno y otro. Hizose intervenir á los sueños y á los dioses: pero resistió Pompeyo hasta que Craso llegó á su presencia y le tendió la mano. Reconciliáronse entonces, á lo menos en la apariencia.

Entretanto, mostrándose favorable al pueblo y restituyendo su autoridad á los tribunos, se habia hecho Pompeyo el hombre de Roma, y pareció que á nadie se le podia confiar mejor la expedicion contra los piratas. Era un confuso hacinamiento de cilicianos, de sirios, de cipriotas, de pamfilios, de habitantes del Ponto, de isaurios y de otros asiáticos, que al parecer se proponian vengar sobre Italia los robos ejercidos en su patria por los republicanos. Habiales comunicado audacia la indolencia de Roma respecto de su marina despues de la instruccion de Cartago y de sus guerras tanto intestinas como exteriores, á la par que las vejaciones de los romanos en el Asia Superior acrecentaron de continuo sus fuerzas con multitud de fugitivos. Mitridates los habia asalariado durante la guerra para hostigar á los romanos, y al celebrarse la paz habian acudido á juntarse á ellos muchos marinos licenciados de las escuadras reales.

La facilidad con que todo rebelde halla gentes dispuestas á seguirle, es siempre síntoma de una llaga social. Hemos visto á lo esclavos, luego á Sertorio y á Espartaco; hé aquí ahora á los piratas, y no eran solamente miserables los que llenaban sus filas, sino que montaban sus naves hombres bien nacidos y opulentos, y parecia como si tuvieran á honra salir en curso con ellos. Tenian arsenales, puertos, vigías, remeros y los más hábiles pilotos, barks de todas clases, tan magníficos como temibles eran; por-

qué la popa era dorada, argentados los remos y completaban alfombras de púrpura aquel fastuoso aparato.

Más de mil de sus bajeles infestaban los mares. No contentos con atacar á los navíos, se habian apoderado de más de cuatrocientas ciudades, de las que habian exigido enormes rescates, y despojado los templos que hasta entonces se habian libertado de profanaciones. Hasta osaron saltar á tierra; y luego, llegando á sembrar el espanto en Italia, ejercitaron sus fechorías en la vía Appia, y áun llegaron á amenazar á Roma. Debía cubrirse de sonrojo la frente de sus oradores al subir á aquella tribuna ornada con los rostros quitados á los cartagineses vencidos, en el mismo momento en que aquellos corsarios invadian las casas de recreo de las inmediaciones, robando allí lo más precioso que contenian en su recinto, llevándose las jóvenes y los personajes de alta categoria para sacar por ellos pingües rescates. Tambien se apoderaron de dos pretores revestidos con insignias y llevados con escarnio en triunfo precedidos de sus lictores. Si con la esperanza de ser respetado invocaba algun prisionero su título de ciudadano romano, fingian enternecerse mucho, le pedian perdon humildemente, le devolvian su calzado y su toga; luego le tendian la escala invitándole á volver á su ciudad ilustre, le obligaban á bajar al mar y á ahogarse.

Publio Servilio, que alcanzó una victoria sobre ellos (75), ganó allí el sobrenombre de Isaurico, si bien no llegó por esto á dominarlos. Marco Antonio los atacó nuevamente cerca de la isla de Creta (71); pero perdió muchas naves y vió á sus guerreros colgados de las entenas de los bajeles enemigos con las cadenas que habia llevado para los piratas.

Aquella guerra causaba á Roma un vivo disgusto, porque los rebeldes facilitaban las comunicaciones entre sus enemigos desde las riberas del Atlántico hasta las del Palus-Meótidas; y Espartaco, á semejanza de Mitridates habia procurado formarse allí un punto de apoyo. Además, era de temer que redujeran al hambre á Italia, interceptando las comunicaciones con la Libia. El tribuno Gabinio, hechura de Pompeyo, cuyo poder anhelaba aumentar de todas maneras, propuso una ley para su exterminio;

solicitó, en efecto, que se invistiera á un general con una autoridad absoluta por el mar desde la Cilicia hasta las columnas de Hércules, y en las costas á la distancia de cuatrocientos estadios; que tuviese facultad para levantar tantos soldados, marineros y remeros cuantos juzgase necesarios, para tomar todo el dinero que quisiera del tesoro, sin obligacion de dar cuentas, y que estos plenos poderes durasen tres años.

Bien conoció el Senado que Gabino se fijaba en Pompeyo; pero amando ciegamente el pueblo á aquel soldado venturoso, fueron estériles contra la preocupacion pública los discursos de los oradores, las protestas de los cónsules, las insinuaciones de las personas cautas. Apenas pudo libertarse del furor popular el cónsul Calpurnio, el cual dijo á Pompeyo, que si aspiraba á llegar á ser Rómulo, podia tambien tener un fin semejante; nada fué parte á estorbar que se le otorgara por cinco años el proconsulado del mar, con quinientas naves, ciento veinte mil hombres de á pié y cinco mil caballos, dos cuestores y 2.000 talentos áticos por via de anticipacion. ¿Quién podia entonces impedir que Pompeyo imitara á Sila, haciéndose dueño absoluto de la república? Su medianía.

Con tan grandes fuerzas era fácil vencer á gentes dispersadas y dar caza en todos los rincones á aquellas cuadrillas esparcidas en diversos puntos; por otra parte, Pompeyo tuvo el buen juicio de mostrarse humano. Señaló tierras en la Cilicia y en la Acacia á todos los que se rindieran, y pobló las ciudades de Malas, Adana, Epifania y de Pompeyópolis, que edificó sobre las ruinas de Solas. Fué llevada á feliz remate la guerra en ménos de cuatro meses; se dió libertad á gran número de esclavos, que fueron entonando las alabanzas de su salvador; abrió las puertas de la patria á tantas personas como habian tenido que huir de ella; restableció la seguridad en todas las costas.

Siempre habia secundado la Creta utilísimamente á los romanos en sus guerras tanto marítimas como terrestres, y principalmente suministrándoles arqueros y honderos contra Antioco y los galos. Admitiéronla los romanos á su alianza por mediacion de Eumeno; luego, segun su costumbre, la suscitaron querellas bajo el pretexto de que su amistad era dudosa,

que favorecia á Mitridates y mas tarde á los piratas. Lo único que habia de verdad en todo era el deseo que aguijaba á Roma de avasallarla. En vano disputó para sincerarse ó escusarse, pues se demostró en el Senado que nunca se podria purgar á los mares de piratas mientras la Creta no fuera reducida á provincia; y se decretó la guerra. Cecilio Metelo, desembarcó sin obstáculos en la patria de Júpiter y se hizo en breve dueño de Cidonia, de Gnosa y de Licto; era suya toda la isla, cuando irritados los habitantes de su severísima conducta invocaron el apoyo de Pompeyo. Pronto siempre éste á recoger el fruto de la ajena fatiga, declaró que la Creta formaba parte de la provincia que le habia tocado en suerte, que Metelo usurpaba el título de general y no tenía derecho para entrar en tratos. Octavio, su teniente, á quien habia enviado á aquel sitio, llegó hasta á unirse á los piratas, para poner trabas á las operaciones de Metelo. Pero sin cuidarse de ello este último, prosiguió la conquista y redujó la isla á provincia. A pesar de todo, los admiradores de Pompeyo le atribuyeron tambien todo el brillo de aquella expedicion, puesto que *á fines de invierno, hizo los preparativos de una guerra cotidiana, y que conducida en diferentes sentidos y por mil puntos diversos, desoló todos los paises y todos los pueblos; que la emprendió al principio de la primavera terminándola á la mitad del verano.*

Vencedor Pompeyo en Europa, en Asia y en los mares, obtuvo el más magnífico triunfo que se hubiera visto hasta entónces. No bastó una procesion de dos dias para hacer desfilar delante del pueblo, los despojos y nombres de los vencidos; el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Media, la Colchida, la Iberia, la Albania, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, la Fenicia, la Palestina, la Judea, la Arabia y los piratas; más de mil plazas fuertes y cerca de novecientas ciudades que se habian conquistado; ochocientos bajeles de corso capturados; treinta y nueve ciudades pobladas nuevamente; las rentas públicas aumentadas de cincuenta millones de dracmas á cerca de ochenta y dos: 20.000 talentos derramados en el tesoro sin contar 1.500 distribuidos á sus soldados; tales eran los trofeos ostentados por Pompeyo. Detrás de su carro, marchaban además de los rehenes

albanes y de los del rey de Comagena, trescientos veinticuatro prisioneros de clase distinguida, entre otros el hijo de Tigrano que se había hecho culpable de traición para con su mujer y su hija; también la mujer de Tigrano, Aristóbulo rey de los hebreos, la hermana de Mitridates con sus cinco hijos y varias mujeres de los escitas. En lugar de hacer degollar á estos desgraciados, según la costumbre romana, los volvió á enviar á su país, excepto á Aristóbulo y Tigrano. Produjo esto que se repitiesen sus alabanzas, que se le confirmase el título de grande unánimemente, aunque fuese cierto que lo debía más á la fortuna que así mismo, y aún que él no supo conservarlo.

Sobrepujaba la autoridad conferida á Pompeyo por la ley Gabinia á todas las que se habían concedido á ningún general; con derecho se oponían los patricios á que fuese de aquella manera, exclamando que era convertir la república en monarquía, que el mismo Sila no había usurpado tanto por la violencia. Y viendo Cátulo que no se les escuchaba, pronunció estas palabras: *Huyamos, padres conscritos, retirémonos, como lo hicieron nuestros padres á algunas montañas ó rocas, donde podamos encontrar un asilo contra la servidumbre que nos amenaza.*

En efecto, el poder público había sido dividido hasta entonces entre varios magistrados, de los cuales uno se oponía á otro, y esto impedía los abusos ó hacía al ménos difícil el concierto de pareceres. Quedaba desde entonces destruida esta prudente precaución, por las comisiones extraordinarias, y desde el momento en que se creyó que en los grandes peligros no se podía salvar la república, sino confiando sólo á un hombre la autoridad sin límites, no existió la libertad más que en el nombre.

Disimulaba Pompeyo su ambición, y cuando se vió llamado á pelear contra Mitridates, exclamó: *¡Qué No se ha de tener un momento de descanso! No he de poder vivir nunca tranquilo al lado de mi mujer! ¡Dichoso el que pasa en la oscuridad sus días!* Después cuando todos temían que él silaizara y dirigiese contra la república un ejército formado con su dinero, lo licenció, atravesó la Italia como simple particular, acogido en todas partes con demostraciones de increíble alegría y rodeado hasta llegar á Roma

de un acompañamiento que siempre iba en aumento. Pero si es cierto que tenía vanidad en ser jefe de partido y que hubiera podido llegar con facilidad á la tiranía, también lo es que después de haber hecho tan precaria la existencia de la república, le faltó resolución ó habilidad para ejercerla.

Primero se había separado de los caballeros y de la causa italiana para colocarse de parte de los nobles, por lo cual se atrajo el odio de los unos como desertor, y el desprecio de los otros. Sila encontró útil hacerle su amigo y lisonjeó su vanidad; pero no hizo siquiera mención de él en su testamento, donde no olvidó á ninguno de sus amigos. Permaneció fiel Pompeyo al partido aristocrático hasta el momento en que viendo que ya no quedaban veteranos de Sila, al paso que la causa de los caballeros y de la plebe tomaba vigor, se unió de nuevo á ella y fué su principal apoyo.

Apenas había cerrado los ojos Sila, cuando se emplearon los tribunos enérgicamente en recobrar la autoridad que habían perdido; después, habiendo producido la guerra con los piratas carestía en Roma, propuso al cónsul Aurelio Cotta, como remedio para los males que la afligían, devolver á los tribunos su antiguo poder; é hizo decretar que podrían en adelante poseer los primeros empleos de la república. Completó Pompeyo la obra restituyendo á la plebe la elección de sus tribunos y restableciendo los comicios por tribus; esto era un paso á la revolución que debía arrebatarse los juicios á los senadores. Se necesitaba para conseguirlo probar al pueblo cuán tiránicamente se trataba á las provincias desde que los senadores eran los únicos jueces de sus propios desafueros, y encontrar un gobernador de los más inicuos, á quien perseguir por un acusador de talento superior; parecieron á Pompeyo Verres y Marco Tulio Cicerón lo mejor que podía encontrar para el caso.

Natural Cicerón de Arpino, era un caballero en quien se hermanaban una maravillosa facundia y una flexibilidad de talento extraordinaria. Compuso primero un poema en honor de Mario, su compatriota, que le hubiera valido la reputación de distinguido poeta si no hubiera sido el primero de los oradores. Se hizo conocer

después en la barra con la defensa de Roscio de Ameria, que un libertino de Sila quería hacer condenar á muerte para heredar sus despojos. Aunque es verdad que Tulio no corriese ningún peligro en este pleito, aún cuando hubiera lisonjeado con moderación al dictador atribuyendo á la variedad de sus ocupaciones los excesos á que se entregaban sus hechuras, puesto que nadie, por feliz que sea, está seguro de no tener más que servidores fieles, se le agradeció, que joven como era elevase la voz en favor de la humanidad, que rara vez encontraba defensores. Se complacieron en oírle recriminar la iniquidad de aquellos que se habían enriquecido con las proscripciones; quienes, poseedores felices de casas de recreo en los alrededores de Roma, palacios adornados con vasos de Corinto y Delos, trípodes que valían una finca, vajilla de plata, telas esquisitas, cuadros, estatuas y mármoles; rodeados de multitud de cocineros, panaderos y cargadores de las literas, se paseaban triunfalmente en el Foro.

Juzgó, pues, Pompeyo que la popularidad y elocuencia de Cicerón le servirían de mucho para dar á la aristocracia el golpe que le preparaba. Había pasado su juventud en los vicios el senador Verres, amigo de Metelo y de los Escipiones; cuestor de Carbon en la guerra civil, desertó al enemigo con la caja. Segundo de Dolabella en Asia para combatir á los piratas, hizo lo mismo que hemos dicho, y cometió los más atroces desmanes. Habiéndolos enumerado todos Escauro en un folleto, fué á someterle á su parecer, amenazándole con ser su acusador sino le revelaba todas las faltas de Dolabella; Verres hizo traición á su jefe y depuso en juicio contra él.

Enamorado en Lampsaca de la hija de Filodamo, mandó á sus lictores la condujesen á su presencia: pero los hermanos y el padre de la joven rechazan la violencia con la fuerza, y producen una sublevación que á duras penas pueden apaciguar los caballeros y negociantes romanos. Poco después cita Verres á Filodamo á su tribunal, y le condena á muerte. De vuelta en Roma de calidad de pretor, toma asiento como juez y se deja gobernar por una cortesana griega y un favorito, que trafican con los juicios que se han de pronunciar. ¿Qué se podía esperar de semejante hombre enviado á Sicilia

con título de procónsul, es decir, de árbitro supremo del país?

A pesar de todos los males que había sufrido esta isla, era aún de las más florecientes de las provincias. Había enseñado antes que nadie á los romanos cuán hermoso es mandar á otros pueblos; sirviendo de punto de escala en el camino de Africa, había facilitado la conquista de ésta proporcionando víveres, y en recompensa, Escipión le había devuelto los despojos que en otro tiempo habían sido arrancados á sus ciudades por los cartagineses. Uniale estrechamente el comercio con la Italia, y Roma la consideraba como su granero. En efecto, le había proporcionado, durante la guerra social, lienzo, trigo y cueros; había sostenido, equipado y armado á los ejércitos más considerables. Habíanse enriquecido los romanos en esta provincia fértil y tan cercana, que podía considerarse como un arrabal de Roma. Pero la amistad de los fuertes es funesta. Había olvidado la Sicilia su antigua grandeza y caído en el abismo de opresión en que sucumben las almas desanimadas y envilecidas, no encontrando ya fuerza sino para temblar, quejarse y besar la mano que los encadena.

Lo que no habían podido hacer las guerras de los cartagineses y la de los esclavos fué llevado á cabo por Verres. Después de haberse asegurado el favor de los sicilianos, haciendo degollar á todos aquellos soldados de Sertorio, que buscaron refugio en aquella isla, dispuso de todos á su antojo. Bajo tal magistrado no fué gobernada Sicilia por las leyes romanas como tampoco por sus instituciones nacionales: nadie pudo salvar el más mínimo objeto de algún precio, á ménos de haberlo ocultado esmeradamente á su rapacidad perspicaz. Durante tres años no tuvieron los juicios más pauta que su capricho. Tenía calumniadores á sueldo, y él era quien citaba, instruía y fallaba. Adjudicáronse propiedades patrimoniales á extranjeros: se declaró adversarios de la república á sus más resueltos amigos: fueron condenados á la tortura ó al suplicio ciudadanos romanos; á costa de dinero hubo manera de que se salvaran los delincuentes; se persiguió y condenó á las personas más honradas durante su ausencia. Esto en cuanto á las particulares; pero todavía no bastaba; abriéronse á los piratas puer-